

DISCURSO TEDEUM 2014.

Señor alcalde de Laja, Don José Pinto y señora esposa. Señores y señoras concejales. Hermanos y amigos:

Introducción

Henos otra vez congregados ante el altar del Señor para entonar la Acción de Gracias que brota espontánea del corazón de Chile al contemplar las bendiciones incontables del amor divino. Así ha sido, año tras año, desde que nació la Patria chilena un 18 de Septiembre de 1810.

Quisiera compartir con Uds., mis queridos compatriotas, estas modestas reflexiones relativas a los grandes cambios que se vislumbran en esta hora de Chile. Son iniciativas relacionadas con el sistema político, tributario, educacional, la familia y la vida. Algunas de ellas se perciben como necesarias y urgentes, para caminar en la construcción de una sociedad más justa, equitativa y fraterna, con una clara preocupación por los pobres y excluidos y generan esperanzas en un Chile mejor. Las otras relacionadas con la familia y la vida son muy preocupantes. Me intereso especialmente en la reforma educacional, porque como educador la percibo de la mayor trascendencia para nuestra convivencia nacional presente y futura.

Vivimos un momento privilegiado de nuestra historia.

Lo primero que se debe decir es que la reforma educacional tiene que ver con la historia del país, con la necesidad de crear una sociedad menos fragmentada: éste es el desafío. Las decisiones que se tomen definirán el lugar que el país va a ocupar en el mundo. Grandes momentos históricos como éste, pueden ser un éxito o un fracaso. En Chile se trata de transformar el acceso a un bien fundamental, por razones que son reconocidas y apoyadas por la mayor parte de la población. Si logramos crear un ambiente óptimo esta reforma será tan histórica como la llamada ley de "libertad de vientre" que, bajo iniciativa de Manuel de Salas en 1811, puso a la naciente República entre las primeras del mundo en abolir la esclavitud: todo el que nacía en Chile era libre. Si hacemos bien las cosas, todo chileno podrá ser lo que su alma sueña. Pero, para obtener resultados perdurables, será necesario trabajar juntos, y no contrapuestos, en todos los niveles.

Estamos refundando el país y esto es muy apasionante. Precisamente por eso, porque intentamos dar un salto enorme, nos toca vivir de manera muy dramática lo propio de este cambio de época, y en estas circunstancias es normal que se obnubilen los valores, lo que era seguro deje de serlo y se rompan los canales de transmisión de la cultura. Y

como educar es transmitir cultura, es muy complicado cuando ella se nos quiebra, porque se nos quiebra el alma, perdemos el rumbo, no sabemos cómo caminar ni a dónde dirigirnos. De algún modo este profundo quiebre se ha manifestado en la revuelta estudiantil que ha agitado nuestra sociedad. Se trata de un país que está cambiando su piel y que requiere reformular los valores, reformular su educación, precisar qué quiere poner en el alma de sus jóvenes para que puedan enfrentar su vida. Este es el desafío que se presenta hoy a la educación. No es cosa de dinero más o menos, ni de quién se ocupará de esta tarea; se trata sobre todo de definir el perfil del ciudadano del futuro, un modelo de alma para el chileno que vendrá después de nosotros.

Chile vive una auténtica revolución: estamos pasando de una sociedad de individuos hacia una sociedad de personas. ¿Qué educación se necesita para dejar de formar individuos y formar personas? Este es el asunto.

Vivimos en una cultura que perdió el sentido del Bien común para constituirse en una especie de agregación de individuos. Un país de individuos donde cada cual habría de rascarse con sus propias uñas. No personas, sino individuos, seres que no tendrían nada que reclamar de los demás porque en tal sociedad todo habría de conseguirse mediante una competencia darwiniana. "La competencia perfecciona", se nos decía. La confusión entre el individuo y la persona ha creado esta sociedad de individuos, donde cada uno compite, busca su éxito y se aísla. Es una cultura que rompe solidaridades y crea soledad. Nuestros jóvenes masificados viven una soledad brutal. Con un individualismo donde cada uno a codazos tiene que triunfar, se despedaza la esencia social del ser humano. Si hay algo que pertenece al núcleo de nuestra fe cristiana es la hermandad, la solidaridad. Porque creados a imagen y semejanza del Dios trinitario, comunidad de amor, somos por esencia sociales y no individualistas y eso tiene muchas consecuencias en la educación. Esto es el alma de nuestro evangelio y de trascendental vigencia y urgencia hoy ante una cultura cada vez más individualista e indiferente, y por ello más violenta.

Da la impresión que en la educación actual se privilegia sólo ofrecer herramientas para que el educando se adapte y así se inserte al medio en que debe desempeñarse. Al hacer esto no se está pensando en la dignidad del hombre y ni siquiera se plantea la pregunta por la dimensión trascendente que le asiste, cualquiera sea la idea que se tenga de ella.

El concepto de persona, en cambio, alude a un ser capaz de ser sí mismo, único y original, gracias a relaciones de respeto, de reconocimiento y de solidaridad con los demás. Si conceptualmente el individuo es un competidor, la persona en cambio es

colaboradora. Si en el *Chile individualista* el bien social es la suma de los bienes de lo que cada uno gana para sí y sólo el rebalse de lo riqueza puede llegar a los más pobres; en el *Chile fraterno* predomina una idea de Bien común, de modo que lo que cada uno gana tiene una hipoteca social, y pertenece también a las personas que aún no han llegado a ser plenamente ellas mismas, y que sólo lo serán a través del esfuerzo de unos por otros y con otros. Este *Chile fraterno* es igualitario (reconoce derechos a todos) e integrador (valora las diferencias, auspiciando su desarrollo, su intercambio y su conjugación).

Educación de calidad

¿Qué se entiende por educación de calidad? Sin dudar podemos responder desde la antropología cristiana: educación de calidad es aquella que pone al centro la persona humana, la persona del estudiante. La escuela, el liceo, la universidad existen para la persona. Y son de calidad si el educador en diálogo con el alumno logra comunicar y transmitir la sabiduría de la vida. Buena educación es la que se preocupa de poner al centro la persona, a cada una y a todas para ayudarles a crecer.

Lo que está en juego, entonces, no es simplemente una reforma, sino una auténtica revolución educacional: está en juego el Chile que se quiere formar. Todos deseamos educación de calidad. Pero ¿calidad para **seguir compitiendo** unos contra otros o para ser capaces de **compartir mejor**? Debemos reconocer que se necesitan ambas calidades. Pero, en el paso al nuevo paradigma de sociedad, no se trata de ofrecer este mismo tipo de educación, ahora sí para todos, sino de ofrecer una educación diferente, más fraterna; una que aliente el esfuerzo personal sin perjuicio de la colaboración con los demás, sino en función de ella.

Un proyecto humano

Pero, hay que hilar más fino todavía. La antropología de fondo debe ser definida con lucidez porque hay una insidia que acecha: la preponderancia de una antropología **instrumental** por sobre una **de sentido**. El gran desafío que tiene la educación en Chile es ubicar una verdadera antropología de sentido; es absolutamente necesario abrir espacio a una verdadera antropología **de sentido** que se pregunte por la esencia de la persona humana, por su vocación, por sus fines personales, sociales y trascendentes. Es esta consistencia la que permite que la persona llegue a ser consciente de sí, en diálogo con los demás, abierta a los demás y construyendo el mundo y la cultura junto con los demás.

Creemos que los problemas educacionales, obedecen a situaciones muy profundas, y que es imperioso discernir y ayudar a descubrir. Por ello, la sola respuesta a temas que pensamos pueden resolverse con cierta agilidad y acuerdos políticos, financieros, logísticos y jurídicos, no lograrán satisfacer los anhelos de nuestra juventud; es mas, podrían incluso implicar nuevas frustraciones.

Las grandes preguntas

Surgen entonces, algunas pregunta no menores: ¿Qué es lo que más ansían nuestros jóvenes?, ¿Tras de qué andan?, ¿En qué consisten sus grandes necesidades, heridas y

carencias?, ¿Qué es lo que esperan de la sociedad en que viven y de la educación que ésta les ofrece?, ¿Los conocemos, después de todo?, ¿Qué espacios de participación ofrecemos a sus anhelos de justicia, de amor, solidaridad, compromiso, y de trascendencia? ¿Cómo nos hacemos cargo de la cultura que les caracteriza y los aportes y valores que traen con ella?

Nos asiste la convicción que el actual sistema educacional tiene serias dificultades para dar respuestas adecuadas a las grandes ansias del corazón de nuestros jóvenes, a sus necesidades de desarrollo afectivo, intelectual, ético, social y espiritual. Tememos que estos ámbitos de la persona y que son centrales en los fines de una auténtica educación, se han quedado en la sola formulación de principios inspiradores, que hasta hoy no han logrado traducirse coherentemente en valores, objetivos, experiencias pedagógicas, ni en formulaciones curriculares concretas, porque muy poco de esto es considerado quizás por el mismo sistema, como parte de una educación de calidad.

La verdadera calidad de la educación, parte de esta antropología de sentido, antes descrita. De una concepción renovada de la persona humana, que no se realiza encerrada en sí misma, en el individualismo y en propio provecho, sino que se realiza en la medida en que se abre al tú, al nosotros y que va procurando que la sociedad entera, que todas las personas, sean parte del desarrollo integral de la humanidad.

Con este otro tipo de educación, el país mejorará su capacidad de inserción en el mundo. Y así Chile buscará sus talentos, sus élites dirigentes, en un espectro más amplio de la población. Una de las razones de la capacidad de ciertos países de adaptarse a la mundialización ha sido esta capacidad de buscar los talentos en toda su población. Es el caso de Corea o de los países nórdicos. En Chile es un desperdicio hacerlo en el 10% o 20% de la población, como ocurre hoy.

Esta educación, en definitiva, humanizará y personalizará al hombre, si logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y de comunión con la totalidad del orden real por los cuales la misma persona humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia.

No sabemos si el país será capaz de sustentar económicamente un cambio tan grande, ni tampoco si el gobierno podrá cumplir lo prometido en este período presidencial. Pero la apuesta es seria y valedera: una sociedad igualitaria e integradora requiere poner en función una educación que practique estos valores. La Iglesia ve en esta voluntad de cambio un reflejo fortísimo del Evangelio de Jesús. Y, en ella hay un deseo de verdadera contribución porque éste es el país al que aspira. Su opción por los pobres es una opción por la igualdad y la integración de todos, a partir de las necesidades de los excluidos

Hemos oído hasta el cansancio los “no” al lucro, a la selección, al copago; pero estos “no” se deben traducir en propuestas positivas que refuercen los aprendizajes, las habilidades transversales como el trabajo en equipo, la empatía, la comunicación, y especialmente valores como la generosidad, el respeto, el esfuerzo, y la alegría. Las propuestas deberían ser **sí** a la educación de calidad para todos, **sí** al aporte de todos para que esa educación sea una realidad, **sí** a la inclusión, integración y al respeto. Este es el sueño que queremos para nuestros niños y jóvenes y que debe inspirar el trabajo diario de expertos y políticos, pero por sobre todo de profesores y familias en íntima comunión de objetivos. Porque la educación no es materia reservada a economistas y políticos, ni

menos de tecnócratas o ideólogos oportunistas, sino sobre todo de las familias y de los docentes. No se puede seguir señalando a los profesores como **el** problema de la educación: que no saben, que están mal preparados, que los estudiantes los dominan, etc. Los profesores son el primer elemento para esta revolución educacional; Son ellos los que marcarán la diferencia al interior de las aulas, pero ¿en qué términos estamos fomentando el orgullo docente, una política nacional docente que resguarde sus condiciones mínimas para un buen trabajo y el necesario respeto de parte de alumnos y apoderados, el incentivo para tener a los maestros más talentosos en las instituciones formadoras y, sobre todo, el que enseñar sea una profesión de primer orden? Por lo tanto, la palabra a los profesores.

Sin embargo, nada de esto tiene sentido, si los propios educandos no asumen el protagonismo en los procesos de aprendizaje. Nada hay más hermoso para un educador que la sed de aprender de sus alumnos: eso justifica todos los esfuerzos y desvelos. La educación es un diálogo de amor entre docente y discente, entre el que enseña y el que aprende. Hay una responsabilidad y un deber social para el que estudia: debe estudiar. En los países donde esto funciona, ningún alumno hace la cimarra, porque si un policía encuentra un estudiante en la calle en horario de clase, su apoderado debe pagar al Estado una multa cuantiosa, porque no se deben dilapidar los recursos estatales.

Amigos, se está construyendo un Chile nuevo. No podemos ser simples observadores pasivos en este proceso. Creamos que es posible una sociedad más justa con el aporte solidario de todos. Las soluciones no caen del cielo, sino que son el resultado del empeño común de los hijos de una misma Patria. Chile una mesa para todos.

Viva Chile.